

luto, limitado apenas por las exigencias de la tradición, que gobierna un pequeño núcleo de pastores y agricultores, entre los cuales hay algunos artesanos de profesión. En estado latente sobrevive el espíritu de unidad; está en la subconciencia de las distintas tribus o clanes, y reaparece sólo, aunque con manifestaciones vigorosas, cuando alguna de esas tribus sufre los ataques o la sujeción de algún pueblo extranjero. Entonces el instinto de conservación se sobrepone, el orgullo nacional se despierta y el espíritu yahveísta reacciona al impulso de hombres dotados de condiciones excepcionales, que obran con el poder de un dictador sobre las varias colectividades, que reconocen su autoridad, renunciando pasajeramente a la autonomía. Pero no se les llamará dictadores ni reyes, sino sencillamente jueces, en el sentido semita más amplio de esta palabra. «El que juzga» es el que dirime una cuestión según la justicia, y por tanto, el que libra al pueblo según la justicia, la justicia de Yahvé, naturalmente. Si la tierra, que Yahvé dió a su pueblo, ha sido invadida por los extranjeros, hay que devolverla a su legítimo poseedor para que Yahvé sea honrado en ella. De aquí que el dictador en Israel sea el hombre de Yahvé, aunque sea hijo de una cortesana como Gedeón, o haya capitaneado una cuadrilla de beduinos rapaces, como Jephthé, o viva bajo la influencia de mujeres extranjeras como Sansón. Su misión es poner por obra la ley de Moisés, restaurar el culto de Yahvé y encender el fervor en la fe religiosa.

PENSAMIENTO CENTRAL

Por eso el libro de los Jueces no es la historia de Israel en los ciento cincuenta años que hay desde la muerte de Josué (si es que el Exodo, como parece, sucedió en tiempo del faraón Menephtah), hasta que a mediados del siglo XI ungió Samuel al rey Saúl, sino sólo

el relato de algunos sucesos más brillantes, un relato hecho en época tardía, probablemente no antes del siglo IX, con documentación anterior, aunque la tradición atribuía su paternidad al profeta Samuel. El copilador ha puesto en su obra una patente unidad, iluminando el cuadro histórico con una significación teológica de orden pragmático. Su pensamiento está claramente expresado en estas palabras del capítulo II: «Los israelitas obraron el mal a los ojos de Yahvé y sirvieron a los Beales..., y se prosternaron ante ellos provocando así la ira de Yahvé, que los entregó en manos de saqueadores que los despojaron... Cada vez que salían a campaña, la mano de Yahvé les era adversa, como el Señor les había dicho y conforme Yahvé les jurara, y estuvieron en grave aprieto. Yahvé suscitó jueces que los librasen de sus saqueadores, pero tampoco escucharon a los jueces, y se prostituyeron... Cuando Yahvé les suscitó jueces, Yahvé estaba con el juez y los salvaba de manos de sus enemigos los días todos del juez, pues Yahvé se compadecía de los gemidos que les arrancaban sus opresores». Vemos aquí la doctrina filosófico-religiosa, que puede considerarse como la tesis que da unidad al libro: «Israel quebrante se olvida de Dios para entregarse al culto de los ídolos, y en castigo Dios permite que caiga en manos de sus enemigos. Entonces Israel se arrepiente. Dios se compadece de él y le envía un libertador. Y la historia vuelve a comenzar. Tal es el ciclo que se ha llamado pragmatismo de los cuatro términos.

TENDENCIAS HACIA EL SINCRETISMO RELIGIOSO

En realidad, esta visión nos refleja una constante de la historia de Israel durante este período. La fertilidad de la tierra recién conquistada, en contraste con la aridez del de-